



2 / Guayaquil
I semestre 2019
ISSN 2631-2824

Dos crónicas desconocidas de José de la Cuadra

87

Gustavo Salazar Calle

Después de la edición canónica de las Obras completas (1958) de José de la Cuadra, preparada por Jorge Enrique Adoum, escasos textos han aparecido, que si bien no permiten reinterpretar la producción del narrador guayaquileño, al menos algunos de no-ficción nos sirven para avizorar ciertos temas que no se conocía que fueran de su interés. Entre ellos se encuentra un discurso “En el día de la raza”, de 1926, que volvió a aparecer en una revista en Bolivia (1929) y suponemos que César E. Arroyo gestionó con su amigo José Brissa, director del anuario barcelonés *Almanaque Hispano-Americano*, para publicarlo el mismo año.

También ha aparecido una reseña al poemario

Hélices de huracán y de sol, de su compañero de generación literaria Gonzalo Escudero; el tiempo ha dado la razón a De la Cuadra por no haberla incluido en su magnífico libro de crónicas *12 siluetas* (1934), en el cual destacan los dedicados a Víctor Mideros, Jorge Carrera Andrade y esa joya sobre la gran escultora Carmela Palacios, quien se casaría con el escritor Pablo Palacio. A los señalados se añade un artículo sobre *Sanagüín*, de G. H. Mata, el dedicado a *Poemas ecuatorianos*, de Publio Falconí, "El arte ecuatoriano del futuro inmediato"; a estos textos difundidos a partir de 1958 se suma esa valiosa respuesta a la encuesta realizada por el Sindicato de Escritores y Artistas Ecuatorianos acerca de la misión de la literatura en 1936. Varios de ellos registrados por su mayor estudioso, Humberto E. Robles, en su obra *Testimonio y tendencia mítica en la obra de José de la Cuadra* (1976).

88

Durante las últimas décadas varios investigadores hemos publicado dos docenas de cartas de José de la Cuadra a Benjamín Carrión, Jorge Carrera Andrade, Rafael Helidoro Valle, Pedro Jorge Vera, Carlos Manuel Espinosa, Isaac J. Barrera y Eduardo Mora Moreno, material útil para aproximarse a De la Cuadra como persona y creador. En las misivas a Barrera descubrí que en 1938 el autor de *Los Sangurimas* envió un par de crónicas al diario *El Comercio*, de las cuales ubiqué solo una, la publicada a la muerte de Alfonsina Storni. La segunda crónica seguramente se extravió, según escribió De la Cuadra a Barrera, aunque podría ser que dicho texto se encuentre en el archivo de don Isaac, actualmente al cuidado del Ministerio de Cultura.

Por el centenario de la fundación del Colegio Bernardo Valdivieso, De la Cuadra participó con un escrito suyo para conformar un *Álbum* que se

publicaría en Loja en 1927; el autor de *Horno* solicitó, mediante una carta a Eduardo Mora Moreno, que le envíe una copia de dicho texto para reproducirlo en otros medios. Mis esfuerzos en buscarlo han sido infructuosos.

Mientras recopilaba material para escribir un artículo sobre la escultora Carmela Palacios revisé *Semana Gráfica*, suplemento cultural de *El Telégrafo*, y hallé una crónica, no conocida, que De la Cuadra publicó junto con otras en la revista guayaquileña; testigo de su época publicó su opinión sobre la situación de los judíos en 1933, mientras el nazismo se consolidaba en Alemania.

Han pasado 85 años de la publicación de esta crónica y 80 de la necrológica por la poeta uruguaya. Este par de textos se suman a la bibliografía del excelente escritor guayaquileño.

A propósito de antisemitismo^{1*}

Hay que quebrar lanzas por la gente semita.

En los grandes centros de población de los países a régimen capitalista, se elaboran planes de ataque contra los judíos, se propician programas, se iluminan autos de fe o, cuando menos, se forzan algaradas de neta filiación antisemita.

Búscate al nieto lejano de Sem, por remota que sea su ascendencia hebraica; y, ello, con un ansia incontenida, con un afán pertinaz que delata la existencia de un cierto sentido redivivo de lucha de razas, según la opinión de algunos.

Hoy, en determinados lugares, no sólo de Alemania,

1 * José de la Cuadra. "A propósito de antisemitismo". *Semana Gráfica* Revista de *El Telégrafo*. Guayaquil. año 3. n.107. 17 jun. 1933. p. 14.

sino hasta de Argentina, por ejemplo, hay que cantaletear muy alto la limpieza de sangre y acreditarla, según era requisito de entrar en las caducas órdenes de caballería, o a adquirir nobleza titulada, o cartel de hidalguía. Es un buen comienzo para todo si se carece de sangre judía.

¿A qué obedece esto? ¿Qué nuevos mirajes se presentan ante los ojos del hombre que lo hacen obrar de modo que antes no lo hiciera?

¿Cuál es la posición que ha adoptado la humanidad para considerar sus rancios problemas de manera distinta?

A primera ojeada ocurre como si se tratara de una resurrección de la cuestión étnica meramente, la lucha de razas, que estudiaron Gumplovickz y tantos otros, creyendo que en ella se debatirán, en el futuro que para ellos significaba nuestro siglo actual, los destinos profundos de la humanidad.

90

No cabe negar que en el fondo se agita la posibilidad de la diferencia étnica, pero no como causa determinante, sino únicamente como circunstancia base que influye e impulsa.

El judío es siempre una nacionalidad organizada, cónsona, perfecta en su estabilización, dentro de cualquier país en que finque y enraíce. Por mucho de sus aparentes vinculaciones, permanece aislado, apartado, separado, hablando su ydisch y rezando a Jehová en el secreto de sus sinagogas. Se acomoda en derecho religioso. La ley eclesiástica informa la totalidad del aparato judaico dondequiera que habiten judíos.

Constituyen, en propiedad, un estado dentro del estado; y, el nacionalismo que, detrás de los pendones fascistas, se apropia de los países caducos, inyectándolos de una vitalidad momentánea, pero no por eso menos briosa, choca contra ese férreo armatoste estatal judío que tácitamente se le

niega, que se le opone silenciosamente y que pasivamente lo contrarresta.

He aquí uno de los puntos clave del antisemitismo.

El judío, fiel a sus normas antiquísimas, persevera en mantenerse incólume, resistiendo tras sus diques la marea nacionalista.

El nacionalismo —forma reciente, enérgica, de la lucha social; el nacionalismo—, no puede permitir la existencia de un sector fuerte donde sus corrientes se remansen y reposen; y entonces, mar embravecido, lo rebasa y lo ahoga.

O, siquiera, pretende rebasarlo y ahogarlo.

La muerte de Alfonsina Storni^{2*}

91

Ha muerto Alfonsina Storni, que era, según la crítica periodística bonaerense, la máxima poetisa argentina de hoy.

Difundida por el cable, la noticia habrá llegado a los últimos rincones de América; y, quienes fueron, en su hora, admiradores de la poetisa santafecina, habrán lamentado su silencio definitivo, del cual ya ninguna voz, por cargada de amor que estuviese, la sacará.

Lo solicitó ella misma. En sus versos postremos, pide que, si el amado viene, le digan que ha salido.

Es un soneto que escribió para *La Nación* y que depositó en correos la noche misma de su suicidio.

2 * José de la Cuadra. "La muerte de Alfonsina Storni". *El Comercio*. Quito. 21 nov. 1938. p. 8. [Sección: Notas Argentinas. Artículo firmado: Buenos Aires, octubre de 1938. (Especial)].

Junto con la noticia, lo publicó el gran diario de los Mitre.

¡Pobre Alfonsina! Fue un drama tremendo el suyo. Se le rebeló la carne, fea y dolorosa, vendida por un mal incurable. Todo se hizo negro en torno suyo. Todo se le volvió agrio y hostil. Su fino espíritu, forjado para las delicadezas del arte y del amor, se sintió asqueado, preso en su cárcel, construida lamentablemente.

No le quedó otra salida. La muerte fue la única que se le ofreció. Y se lanzó por ella en una aventura brutal. Los meses recientes vivió obsediada por el suicidio. No decía de otra cosa. Aun con aquellos que apenas conocía, trataba de su fuga a lo ignorado.

Quien la oía, pensaba en una pose un tanto ridícula. En una actitud afectada.

Pero, era sincera. Trágicamente sincera, incluso.

92

Ella no hacía teatro. Hablaba de eso —de su muerte— como quien habla de la partida próxima, en el barco de ruta sabida y segura. Lisa y sencillamente.

¿Cuál fue la causa de su resolución?

Se la ha explicado de tan diversos modos que no acierta uno con la verdad.

No fue el escenario. Mar del Plata —la lujosa alegría de Mar del Plata— no es propicia como escenario fúnebre. Antes bien, convida a vivir. Exalta las posibilidades de lucha. Es una inyección de energía la caricia de este aire atlántico.

No fue, pues, obra directa e inmediata del ambiente físico.

Y consigno lo anterior porque hay lugares en que, aun aquellos que nunca hemos pensado en eso, nos sentimos vagamente tentados al suicidio. Me refiero, por ejemplo, a esos paisajes cerrados,

oscuros, al borde de las siniestras quebradas, o en medio de los negros golfos tormentosos, o en la estancia donde ha muerto un ser que nos fue muy querido...

La causa no es tan sencilla y aparente.

Y —claro— no cabía que lo fuera.

Pero, lo positivo es que son tantas las interpretaciones que se dan por quienes creyeron conocer íntimamente a Alfonsina y su vida lancinada, que no se sabe a cuál quedar.

Sostienen unos que se trata de una consecuencia necesaria de la situación económica tremenda por la que habría estado atravesando la poetisa. Con este motivo, se alude a la alarmante frecuencia con que los suicidios se vienen sucediendo entre los literatos argentinos. Y no sólo ahora, sino también en los pasados tiempos. Se repite hasta la saciedad la cita de Leopoldo Lugones y de Horacio Quiroga, el cual, aun cuando uruguayo de nacimiento, estaba incorporado a la vida literaria argentina.

93

No son tan nítidos los ejemplos. Complicadas las circunstancias que determinaron el suicidio de Lugones y el de Quiroga no vale que los muestre como típicos.

Además, según informaciones serias, la situación económica de Alfonsina no era ni, con mucho, mala. Por lo contrario, parece que disfrutaba de entradas suficientes para llevar una existencia cómoda y hasta para permitirse ciertas satisfacciones ligeramente suntuarias.

Empero, al explicar su suicidio, se dice y se repite que a los literatos argentinos que estén limitados a vivir de la literatura, la solución que les queda para sus problemas es... la misma.

Es un tema interesante, que no he de sacrificar en esta crónica sobre la muerte de Alfonsina, y que

trataré detenidamente en otra.

En fin.

Lo positivo es que Alfonsina fue siempre una inadaptada. Quiso, a todo el largo de su vida, aquello que le estaba negado. Justamente aquello que le estaba negado. Bueno; a la postre, este es el patrimonio de los espíritus idealistas... Querer lo que no se puede poseer.

El sepelio de Alfonsina, cuyo cadáver fue traído desde Mar del Plata en tren especial, resultó un solemne homenaje.

Escritores y artistas fueron a recibirlo en Estación Constitución. Innúmero público desfiló por la sala del Consejo de Mujeres, donde se veló, y la acompañó luego al cementerio de la Recoleta, donde su pobre cuerpo encontró abrigo de tierra.

Don Manuel Ugarte la despidió con un soberbio discurso a nombre de la Sociedad Argentina de Escritores.

Adiós, buena Alfonsina. Para siempre.

No obstante, cualquier juicio que se formule acerca de su posición última en la literatura, no puede negarse que la Storni representó uno de los momentos más interesante de la cultura del Plata, y que fue, en todos sentidos, una dulce voz argentina...